



Poemas¹¹²

JOSÉ LUIS VEGA ¹¹³

Isla

Hay una isla que no aparece
 en las cartas de marear,
 una isla opaca que a veces brilla
 en el mar del imaginar.
 Al norte limita con el albatros
 al fondo con la oscuridad,
 al este colinda con el desvío,
 en el viento con la verdad.
 Patria vetusta, en sus confines
 basta para vivir con libertad

112 El poema *Isla* se publicó por primera vez en el mensuario *Diálogo*, Universidad de Puerto Rico, septiembre de 1997. (Se ha recogido en varias antologías: 100 grandes poemas de *España y América*, Julio Ortega, editor, Siglo XXI, 2000; y en mis libros *Techo a dos aguas*, Plaza Mayor (1998) y *Letra viva. Antología* (1974-2000), Visor Libros (2002). (La presente versión contiene variantes importantes). 2. San Juan, Lisboa, 1935 fue escrito para *La ciudad infinita: Versiones de San Juan* (2000). Libro de artista, proyecto de legado de la Comisión Puertorriqueña para la Celebración del año 2000 en la Ciudad de San Juan. Contiene quince litografías de quince artistas puertorriqueños impresas en el Atelier *A Fleur de Pierre*, en París, y quince poemas, además de un prólogo, de dieciséis escritores puertorriqueños. El poema se reprodujo en *Letra viva. Antología* (1974-2000), Visor Libros (2002). (La presente versión contiene variantes). 3. Los otros dos poemas son inéditos, ambos escritos en 2010

113 José Luis Vega nació en Santurce, Puerto Rico, en 1948. Adolescente aún publicó su primer poemario titulado *Comienzo del Canto* (1965). Sin embargo, su irrupción plena en la poesía puertorriqueña está vinculada a su labor como cofundador de *Ventana* (1972), revista que marcó un alejamiento deliberado de la poesía social entonces en boga en su país a favor de una escritura más atenta a sí misma y a la inmediatez de lo personal. *Signos vitales*, su segundo poemario publicado en 1974 y *Las natas de los párpados/Suite erótica*, del mismo año, recogen el tono y las inquietudes del poeta en el primer lustro de la década de 1970. A estos le siguen otros libros de modulaciones varias como *La naranja entera* (1983), celebración del eros y de lo femenino; *Tiempo de bolero* (1985), exploración del archivo memorioso del sentimiento; *Bajo los efectos de la poesía* (1990), invocación de los poderes del arte y la escritura; y *Solo de pasión/ Teoría del sueño* (1990), donde convergen las entidades del sueño y el amor. En 2002, la Colección Visor de Poesía publicó una antología de su poesía con el título de *Letra viva* (1974-2000), que reunió lo fundamental de su obra poética, hasta entonces. José Luis Vega ha sido profesor en la Universidad de Puerto Rico, Director del Departamento de Estudios Hispánicos, Decano de la Facultad de Humanidades en ese mismo centro docente y Director del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Actualmente es el Director de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española. Por su gestión cultural, ha sido distinguido con la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica y con la Medalla de la Fundación Ricardo Alegría. Contacto: jose84@yahoo.com.



el oro poco de la semejanza
y la metáfora del pan.
Su territorio está habitado
por la hermosura pertinaz
y más que tierra es un pensamiento
que se diluye sin cesar.
Plinio encerró su fauna herida
en un zoológico mental;
y en la última rama de sus brumas
cuelga el vellocino real.
Sus ríos caudales van a dar al sueño
persistente de lo fugaz;
allí, junto al bajel desmantelado,
salta el pez de la ambigüedad.
Sólo en el mapa del delirio abierto
este país tiene lugar.
Ítaca, Sínsora, Arcadia, Aleph, Utopos
Thule... ¿cuál es su identidad?
Ni los mustios andamios de Bizancio,
ni los cafés de Montparnasse,
ni el colgante aroma de Babilonia,
ni un cementerio junto al mar
tienen la gracia inacabable
de este país por inventar.

Dormir sin ella

Si tú no estás – es – como morirse un poco.
(Lo digo así – romántico – que suene).
La cama fría, vacía – tiene algo de ataúd,
con una perspectiva de yacer – y yacer.
De su fondo sin fondo – surte el desvelo roto
hacia el mar que avistaron los primeros poetas
–agua fría, vacía – y una mano colgada
que me dice – “vámonos”.



A bordo me acometen
los sueños más extraños – como salidos
del ojo de Dalí. Imágenes antiguas
reaparecen cantando el no se olvida nunca
en una lengua madre – y jeroglífica,
moluscos y recuerdos – como lotos azules
– flotan – sobre la espesa onda. ¿Es así
el más allá inmediato – esa región de pronto
donde todo es fluido y decadente
y en nuestros propios actos – tras
un juicio sumario – morimos otra vez?

¡Qué doble travesía – sin la guía
perpetua de tus ojos – que son
faro y tambor de costa – que son
constatación de las constelaciones.
Si una voz descarnada – desde el palo mayor
gritase – “!amoor!” – antes del alba –
bien valdría la pena – este ensayo de muerte.

Contra el lenguaje

Conozco tus peligros, narciso
ante el estanque de ti mismo,
masturbándote. Perdido
en tu belleza, solo
danzas tu son, fallido
dios que a ti mismo te engendras.

Conozco tus peligros. Tu hábito
peor no es la costumbre,
pero sí tu disfraz más eficaz.
Con él vistes de sabio
al ignorante y de locuaz al mudo.
Al poeta de fórmulas lo colmas.



Conozco tus peligros, sombra
de la verdad, noche del mundo
que asesinas la luz
cuando la nombras.
La poesía, pues te ama,
te lo perdona todo. Yo no.

San Juan, Lisboa, 1935

1.

Un vapor, de humo quieto,
se aproxima a San Juan;
alguien, asomado a la borda,
ve a Lisboa surgir de turbia espuma.
A esta hora, este día,
una fuerza remota acerca las ciudades.
No es tristeza o nostalgia:
es algo desnombrado
que desencaja el tiempo del espacio.
Certeza de que un canto, un adoquín,
una piedra cualquiera,
vale todas las piedras.
O que todos los ríos son el Tajo
y todas las bahías, la Bahía.
Da lo mismo haber sido
un gran puerto imperial
que el puerto de un imperio.
Hace 60 años que Lisboa o San Juan
eran ciudades tristes.
Más que ciudades eran
como un vasto almacén,
(ya saben del olor, la sellada marisma,
del eco y lo sombríos
que son los almacenes).
Era como si una contuviese a la otra:



Lisboa, el almacén,
San Juan, el eco,
conforme a los tamaños de la historia.
Mas conforme al amor de las ciudades
San Juan guarda a Lisboa.

2.

Reparemos ahora en los viandantes,
el diario bajo el brazo, lazos de pajarita,
los descalzos, tirando de sí mismos,
o en aquélla de pulcra redecilla
que encamina sus pasos al deseo.
¿Quién es tal que vestido de negro,
gafas finas, sombrero hasta las cejas,
asciende, rodeado de tantos invisibles,
por la calle San Justo, y dice rua,
impasible ante el sol?
¿Quién es otro, corbata de mal gusto,
a cuadros la camisa y tufo a ron,
que por la Rua do Alecrim descende, y dice calle,
mal guardado a pesar del invernazo?
Dos poetas diversos y distantes
como dos heterónimos.
Uno anhela un Imperio sin imperio,
tan sólo los ropajes de la gloria;
otro anhela tan solo el sin imperio,
un peñón sobre el mar de la existencia.
Los poetas, igual que las ciudades,
se contienen los unos a los otros,
son palabra, son lengua,
son vastos almacenes invadidos de sí.
A nadie, pues, extrañe
que este oscuro viandante de Lisboa,
recién desembarcado, al evocar
su paso por Madeira, sus años africanos
haya inventado al otro y sus tambores;



y aquel, prendido a sus abulias y nostalgias,
en Guayama, en San Juan, en la Quimbamba,
al figurar su Ofelia en las Antillas,
se haya sentido luso y habitado.

No es Palés, es Pessoa,
dirán los entendidos cargadores del muelle
al verlos, tambaleantes, calle abajo,
izados por un aire de Marina,
de brazo rumbo al río.